prohibía á sí mismo. Temía que se burlasen de él, y prefería mostrarse indiferente y llegar tal vez á la culpabilidad. ¿Cuál podia ser el destino de la pobre Rosa, viviendo entre un fantoche imbécil y el perverso Condottier? ¿Cómo se libraría de los peligros que le creaban la tontería del uno y la doblez del otro? En el fondo de su alma y de su conciencia, Raynaud encontraba circunstancias que atenuaban la conducta de la joven. La compadeció sinceramente, y se preguntó si era digno y honrado que cuando sus protectores naturales, padre, madre y marido, la abandonaban, él no le prestase auxilio. Se le había acercado buscando un enérgico sostén, y si la rechazaba ¿no contribuiría á su perdición? Tomó la resolución de vigilarla y de defenderla, si esto era posible, aun á riesgo de su propia tranquilidad. Decidió sacrificarle su reposo, y sin miras interesadas, sin segunda intención, sin querer especular con el agradecimiento que por su abnegación le debería. Folentin, asombrado por un tan largo silencio, golpeó la mesa con la plegadera.

—Parece que esto le preocupa á usted, señor Raynaud—dijo—, y en verdad que hay porqué. Si se encuentra en el caso, como sucederá, de sufrir las obsesiones de gentes bien intencionadas que querrán casarle, no elija por esposa á una mujer del gran mundo. Elija usted una joven modesta y sencilla. Las mujeres que atraen todas las miradas por su brillo, esplendor, encanto y belleza, son exquisitas en sociedad; pero íntimamente son insoportables. No tome usted mujer para los otros, tómela para usted.

—Mucho le agradezco sus consejos—respondió Valentín—; pero tengo tomada la firme resolución de no casarme nunca.

—¿Y apenas tiene usted treinta años? ¿Decepción amorosa? Ahora me explico el viaje á América. ¡Demontre! Fué una decepción que le ha valido una fortuna. Sin el desengaño no hubiera ido usted á Chiquito, y habría pasado cerca de los millones...

—No lo hubiera sentido.

—¿No le interesa un negocio tan hermoso?

—Sí, en cuanto á la organización industrial; nada absolutamente, en cuanto al resultado financiero.

—¡Cuán distintos son nuestros caracteres! Yo me hubiera apasionado por las especulaciones de que habrían sido punto de partida esa empresa. Hubiera querido sacar todo lo que de productos explotables poseía, y multiplicar su valor con la emisión de acciones. ¡Qué sensación tan deliciosa la de trabajar un negocio, triturarlo, ensancharlo, hincharlo como un globo gigantesco y lanzarlo entonces al espacio, y verlo vagar en el aire, colosal, ¡inmenso! y poder pensar entonces: todos cuantos con la cabeza levantada lo miran, dicen: el promovedor de esa obra gigantesca es Folentin. He ahí una satisfacción

de amor propio; no conozco satisfacción más viva ni más completa.

Valentín sonrió.

—Con efecto, no vemos las cosas desde el mismo punto de vista. Mi única satisfacción consiste en organizar, en asegurar una marcha regular, mecánica, automática, por decirlo así, á una empresa, y á conseguir el resultado industrial más grande é intenso que se pueda. Una vez realizado esto, partiría gustoso los beneficios con los colaboradores, capataces y obreros que me hubiesen ayudado á realizarla.

—Pero, querido amigo—exclamó Folentin—, usted es un estropeanegocios, y además un socialista abominable. ¡Cómo! Partir los beneficios, dar el producto de su ingenio y de su inteligencia á los que solo contribuyen con la fuerza bruta... ¿Atribuye usted á los brazos y á las piernas un valor igual al del cerebro?

—Hombre, sí; me preocupa mucho esta cuestión, y á Evans le sucede lo mismo.

—Ustedes—dijo Folentin desolado—son los que pervierten la conciencia humana derogando los principios sociales establecidos y dan á la clase obrera unas esperanzas que nunca podrá realizar. Se complacen imaginando esas fantasías económicas y creen que es justo que el mundo capitalista se quebrante por las locuras que ustedes hacen germinar en el obscuro cerebro de los trabajadores. Permítame que le diga que

todo eso es quimérico, y que obrar como ustedes piensan sería la mayor de las locuras. Abriendo la llave á los apetitos de la plebe se arriesga usted á provocar una inundación en la sociedad. Ni ustedes podrán contener la avalancha ni nosotros tampoco. Todo se compromete y se pierde, por culpa de filántropos atrevidos que con el pretexto de mejorar la suerte de la humanidad serán ocasión de protesta y de rebeldía.

—Cálmese usted, señor Barón—dijo gravemente Raynaud.—Solo pensamos así en América. En Francia tendrán ustedes tiempo para prepararse.

—Vea usted, amigo mío; yo creo que lo mejor sería crear un sindicato con cinco banqueros que conozco y hacer una emisión de acciones. Esta solución sería la más ventajosa para todos.

—Ya hablará usted de esto con Evans.

—¿Viene á París para mucho tiempo?

—Creo que fijará aquí su residencia, pues me ha encargado que busque casa.

—¿Qué desea? ¿Un hotel? ¿Barrio nuevo? ¿Algo muy moderno?

—No; casa antigua con jardín y barrio tranquilo.

—¿En el barrio San Germán? A propósito: Condottier quiere vender su hotel, y para él podría ser un buen negocio.

Raynaud frunció el entrecejo.

—El Marqués no le es simpático, ¿verdad? Lo

comprendo: es todo lo contrario que usted. Un buen muchacho .. algo ligero. Necesita dinero, y sería prestarle un servicio...

—No tengo ningún motivo para oponerme á esta negociación. Antes, al contrario, me prestaré á ella con mucho gusto.

—Enhorabuena. Si usted quiere le hablaré de ello...

—Como guste.

Raynaud se separó de Folentin y no volvió á acordarse de la proposición que éste le había hecho; pero tres días más tarde, pasando por los Campos Elíseos, se cruzó con el marqués de Condottier, que bajaba la avenida guiando su faetón. El joven hizo dar la vuelta á los caballos, colocó el coche junto á la acera, y entregando las riendas al cochero se apeó. Valentín se habia detenido. El Marqués se dirigió á él tendiéndole la mano, con la sonrisa en los labios, y con su acostumbrada amabilidad le dijo:

—¿No le molesto á usted? ¿Tiene prisa?

—No, me iba á casa...

—Entonces hablemos. Folentin me ha participado el propósito del señor Evans de instalarse en París y de comprar una casa en un barrio tranquilo. Precisamente tengo un hotel en el que vivo solo desde que mi hermana la condesa Grodsko se ha instalado en la calle Tilsitt. Esa antiquísima morada es demasiado grande para mí. Si he de ser franco, me aburro en ella, y

preferiría vivir cerca del Bosque de Bolonia.

—¿No tiene usted en el hotel colecciones artísticas muy importantes?

—Tengo aún algunos cuadros y muebles muy hermosos. Hace dos años vendí una buena parte de cosas del siglo XVIII. Si los cuadros y muebles convinieran al señor Evans, se los cedería con el hotel. Hay algunos tapices que fueron regalados por el Regente al mariscal Condottier. Son de un gran valor, y en venta pública alcanzarían precios muy altos, pero sería una lástima sacarlos de allí.

—Perfectamente. Al mismo tiempo que el hotel veremos los muebles... Rogaré al barón Folentin que me acompañe.

—No entiende una jota—dijo Condottier.—Si fuese la Baronesa sería otra cosa.

Hablaban al tiempo que por la acera se dirigían al Arco de Triunfo.

—¿Tiene usted grandes pretensiones?—preguntó Valentín.

—Lo dejaría todo en dos millones quinientos mil francos.

—¿Es mucho más de lo que vale?—preguntó fríamente el ingeniero.

—¡Qué!—replicó sobresaltado el Marqués.—¿Me toma usted por un mercachifle?

—No. Tratando con un mercachifle no sería tan caro.

Condottier se echó á reir:

—Vamos, á ustedes los hombres de negocios hay que tomarlos como son.

—Exactamente del mismo modo que nosotros tomamos á los hombres de mundo.

—Nos creen más maleados de lo que estamos; pero hablemos francamente. ¿Cree usted que para un americano no vale un suplemento en el precio instalarse en el hotel Condottier, con muebles en los que se sentó Felipe de Orleans y mirarse en espejos que reflejaron los rostros de las señoras de Falaris y Parabere? Señor Raynaud, hay que pagar el origen, la elección y el gusto. No es lo mismo hospedarse en un antiguo hotel patrimonial del barrio de San Germán que en una fonda de Cincinnatti.

—Señor Marqués, cuando se tiene con que pagar el hotel patrimonial y los muebles históricos, se instala uno á su antojo. Todo es cuestión de dinero en un país en donde todo se compra porque todo se vende.

Condottier miró á Raynaud, asombrado ante la rudeza de su réplica, y haciendo un gesto displicente dijo sonriendo:

—Entonces, señor mío, es preciso pagar sin regateos.

Saludando al ingeniero añadió:

—Estoy á su disposición para visitar el hotel cuando quiera. Bastará con que me avisen la víspera, pero quisiera que la baronesa de Rocher le acompañase.

Hizo seña al cochero para que se detuviera, y subiendo al pescante se alejó al acompasado trote de los caballos. Raynaud, emocionado, le vió alejarse elegante y displicente. Pensó que aquel hombre era mucho más dueño de sí mismo que él. «He estado agresivo, grosero, casi insolente y no se ha dado por enterado. En esto es superior. ¡Cuántos progresos tengo que hacer para no pasar por un rústico sin educación!»

Tuvo un momento de verdadero furor. ¿Es preciso parecerse á ese majadero, á ese frívolo, para agradar á Rosa? Sí, esa es la especie de hombres que cautivan su atención. Pero no, prefiero que ella me desdeñe á tener que parecerme á ese fatuo imbécil.

La misma noche, en la ópera, durante la representación de *El Extranjero*, y en el momento en que la admirable Breval, con su voz potente, cantaba la frase de la Mar, Condottier entraba en el palco de Folentin. Estrechó la mano al Barón, se inclinó ante Rosa, que con el abanico indicóle un sitio á su lado, y sin guardar la menor consideración á los vecinos, á ratos alto, y otras veces bajo, se puso á hablar con sus amigos.

—Esta tarde—les dijo— he encontrado al señor Raynaud. Próximamente irá á ver mi casa. Decididamente ese estimable representante del proletariado es un tipo fosco.

—Puede serlo—gruñó Folentin.— Tiene millones.

—Querido—dijo Rosa—, razonas como un cochero de plaza. La fortuna solo se hace tolerable á pura cortesía. Un hombre rico que desconozca la amabilidad es la perfecta encarnación de la grosería. Con todo, yo creo que el Marqués, al juzgar á Raynaud, se equivoca.

—Querida, no dé usted importancia á mis palabras. Sé que el personaje en cuestión tiene la fortuna de ser uno de sus predilectos.

—También acierta usted. Casi estamos enfadados.

—¿Desde cuándo?—preguntó Folentin con inquietud.

—Desde la última vez que hablamos.

—Querida, te había rogado que fueses pródiga en atenciones con el señor Raynaud, y ya veo cómo interpretas mis deseos. Por fortuna estamos de perfecto acuerdo.

—Es muy cierto—dijo Rosa sonriendo irónicamente; y volviéndose hacia Condottier añadió.—¿Va á comprarle sus chirimbolos? ¿Tiene usted todavía algo que se pueda presentar?

—¡Cómo! Tengo aún cosas de inestimable valor. Si hubiese venido á mi casa se las hubiera enseñado...

Lo que tiene usted es muy poca vergüenza al decirme esto delante de mi marido.

—¿Cree usted que le importa? Folentin está muy tranquilo...

—Sí, muy tranquilo—dijo el banquero.—Pue-

des ir á casa de Condottier, bien con Raynaud, bien sola si lo prefieres. Tendrás que subir menos escaleras que si fueses á casa de la Condesa.

—Pero...

Rosa se contuvo. Estaba dispuesta á decir: «Pero la condesa Grodsko ya no vive en el hotel Condottier, y hace un mes que se ha instalado en la calle Tilsitt». Una mirada del Marqués le hizo cerrar la boca; y aunque primero enrojeció por haberse interrumpido, no quiso continuar su explicación para que no pareciese que tomaba demasiadas precauciones contra Condottier. El acto terminaba, y Folentin salió dejando á su mujer sola con su amigo.

—He ahí Folentin, que se va al escenario—dijo burlonamente el Marqués.

—Si le divierte, hace muy bien—replicó Rosa con frialdad.

—Y á usted ¿no le molesta?

—¿Qué me importa? ¿Sigue todavía con esa linda morena que baila con Zambelli en *Maladetta*?

—Sí, la encantadora Giulietta Ferico... Es lo mejor que en este momento tenemos en el cuerpo de baile. Veinte años, garganta alabastrina, ojos azules y mucho arte para utilizarlos...

—No sé porqué me figuro que engaña al Barón.

—No tanto como merece. La justicia inmanente cuenta con usted para esto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Insolente!

—Veamos. Yo creo que usted no se figura que el desquite natural que Folentin debe á la sociedad por ser el dueño y señor de la mujer más encantadora de París esté tomada porque la linda Ferico ande en amoríos con el joven Croix-Dieu...

—¡Ah! ¿Es Croix-Dieu?

—Por el momento...

—¿Solo?...

—Sí, esta bailarina quiere conducirse como una mujer de mundo, y no tiene más que un amante...

—También tiene suerte mi marido. Todo le sale bien...

—Usted no hace nada para que sea así.

—No tiene usted la culpa.

—Y usted que lo diga.

Hablando de este modo, el Marqués se acercó cuanto pudo á la joven:

—Vamos, Rosa—le dijo—; hablemos con formalidad. Ya es tiempo de que se apiade usted de mí. Hace tres años que estoy con el alma en un hilo.

—¿No tiene miedo de que se rompa?

—No le falta mucho; pero, entretanto, ¿qué hace usted de su juventud y de su belleza? Usted sabe que Folentin la hizo su esposa solo por vanidad. Solo siente por usted una ternura legal y un afecto registrado por el notario. ¿Se conforma usted con esto?

—Sí, señor.

—Pero, ¿y yo?

—Usted, ¿tiene algo que reclamar? Soy amable, complaciente y muy expansiva. Le distingo entre todos mis amigos, y supongo que no querrá usted que, ya que la bailarina de mi marido se conduce como una mujer de mundo, yo me conduzca como una bailarina.

—Con ese traje estaría usted admirablemente.

—¡Usted qué sabe!...

—La conozco muy bien, y además se descota usted lo bastante para que pueda afirmarlo.

—No consiste todo en el descote.

—El otro día, al bajar del *Drag* de Thieblin, enseñó usted las piernas hasta las ligas. ¡Qué lindas son!

—¿Mis ligas?

—No, sus piernas.

—Señor Condottier, es usted insoportable.

—No quiero que se me soporte. Quiero dejarme ir sin nada que me retenga, sin freno, y decirle horrores que la predispongan á la lujuria.

—Es usted un animal—dijo la Baronesa riendo.

—Sí, soy un animal. Lo siento, lo sé, y no enrojezco porque es á causa de usted. Escúcheme cinco minutos, y verá cuánto la quiero. Todas las tonterías que digo sirven para ocultar mi verdadera emoción. No puedo acercarme á usted sin que el deseo me haga temblar. Usted es la única mujer que he adorado. Su imagen llena

por completo mi corazón y arroja de él todos los recuerdos agradables. Reina usted en él, y sufro lo indecible queriéndola tan apasionadamente y sin poder conseguirla.

La joven se volvió un poco y fijó una mirada en quien tan tiernamente le hablaba y tan sincero parecía. Sonrió, y dijo con dulzura:

—Le doy mi palabra de que cualquiera creería que piensa usted lo que dice.

—Sí, lo pienso, y usted no puede dudarlo. Vamos, Rosa; sea buena para mí y no me haga sufrir más tiempo. ¿Qué es lo que espera? Su marido la desdeña y le hace traición, pero eso no supone nada, porque es la costumbre. ¿Qué compensación piensa usted obtener en la vida? Debe estar ya fatigada de triunfos mundanos. Se da usted perfecta cuenta de que para nada sirven. Además, ¿para qué siempre las mismas luchas de elegancia y de belleza? ¿Para qué siempre las mismas victorias sin seguridad y sin reposo? Dar continuamente vueltas alrededor del mismo círculo de fiestas y placeres, como caballo amaestrado en un circo, al ruido de charangas y de aplausos, para volver luego á la obscuridad y al silencio. Cuartos de hora de satisfacción y días enteros de laxitud y de aislamiento. He ahí en lo que usted emplea la juventud y yo la mía. ¿No quiere usted que las unamos uno á otra, para formar con ellas un afecto verdadero, seguro, que ocupará todos los momentos? Sería tan dulce una

felicidad oculta, misteriosa, en la que pondríamos nuestros corazones y nuestras inteligencias, y que nos permitiría esperar serenamente el porvenir y sus decepciones. No es una unión pasajera lo que le propongo: mi fidelidad pasada es una garantía segura de mi constancia futura. Acabaremos juntos nuestra juventud, y cuando nos abandone la sed de placer nos quedará un afecto sincero y una mutua confianza que vendrá á ocupar por completo nuestra vida. ¿Qué le parece á usted?

El elegante Condottier, en aquel momento, que consideraba decisivo, no podía mostrarse más seductor. Nunca se había expresado con tanto fuego. En el alma triste y dolorida de Rosa sus palabras sonaron como música de esperanza. La joven tuvo la ilusión de que aquellas promesas que tan dulcemente se le hacían podían llegar á realizarse. Con cierta complaciencia oyó aquellas palabras. El Marqués lo comprendió así, y comprendió también que el momento era oportuno, y que tal vez en mucho tiempo no volvería á tener ocasión semejante. Por esto redobló su esfuerzo:

—Yo quisiera convencerla de que la engañan, y de que se engaña á sí misma rechazando los goces que la vida le ofrece. ¡Cuántos pesares se le preparan y cuánto maldecirá más tarde su obstinación. El momento de ser dichosos es fugitivo. ¿Se sabe lo que nos reserva el mañana? ¿Hay

algo como envejecer sola, sin un amigo fiel y con el corazón vacío y seco? ¿Quién le agradecerá su resistencia? Habrá ocasionado usted el más cruel de los sufrimientos sin alcanzar ningun beneficio para sí misma. Su marido ¿lo sabrá acaso? Y si lo llega á saber ¿no encontrará inmolación natural? Tal vez se reirá.

Condottier calló. Con sorpresa profunda acababa de notar que Rosa no le escuchaba. Una sola frase había bastado para romper el acuerdo que entre la joven y él se había iniciado. El había dicho: «¿Quién le agradecerá su resistencia?» Y bruscamente el grave y pensativo rostro de Raynaud se había presentado ante los ojos de Rosa. ¿Iba á exponerse á tener que enrojecer delante de él? ¿Qué le importaba que Folentin no supiese apreciar la rigidez de sus principios? ¿Se preocupaba acaso de su opinión? ¿Por quién combinaba desde hacía algunas semanas todos los actos de su vida? ¿Quién ejercía tan decisiva influencia en su pensamiento? ¿Por quién tenía empeño en sustraerse á toda debilidad? En un instante se repuso. Escuchar las frases de amor que Condottier le dirigía era empezar á resbalar por la pendiente del mal, y no quería que esto sucediese. Pareció que despertaba de un sueño, y mirando fríamente á Condottier le dijo:

—No me dirá usted que le he cortado la palabra. He dejado salir tranquilamente los torrentes de su elocuencia. Me ha cantado usted la romanza del amor con todas las filigranas y adornos que suele inspirar. Le he escuchado concienzudamente, y no me he turbado lo más mínimo. Aplaudo su verbosidad, celebro su oratoria, pero en cuanto á la emoción, mi querido señor, tendrá usted que volver otro día: hoy no está en casa, y si está no recibe.

El Marqués, temblando de rabia, volvió á encontrarse ante la Rosa burlona é insensible que le desesperaba desde hacía tanto tiempo, y que durante algunos minutos había creído llegar á convencer. Una oleada de sangre le subió al rostro y le cegó. Tuvo tentaciones de estrechar á la cruel mujer entre sus brazos, ante todo un público, y así comprometerla para siempre; pero un resto de prudencia le contuvo. Exhaló un suspiro, y mostrando á la joven su alterado rostro murmuró:

—No sabe usted lo que es piedad. ¿Qué debo hacer para que me crea?

—Pero si yo le creo. Está usted fuera de sí y su emoción no es fingida. No se palidece á voluntad; pero, francamente, esto no es una razón para que yo le conceda las cosas más que ligeras que me pide. Si fuese preciso olvidar los propios deberes cada vez que se trata con un hombre impresionable, no sería posible la existencia. Vamos, querido amigo, reflexione. ¿Qué relación puede existir entre sus deseos y mis conveniencias personales? Con todo, creo que debo consultar mis

preferencias, y usted no querrá que yo abandone todo miramiento solo por serle agradable.

El Marqués, sin contestar, volvió la cabeza. Rosa se compadeció de él.

—Vamos, vamos—dijo.—¿Es la desesperación? ¿No le quedan fuerzas ni para quejarse? No me deje creer que está usted tan afligido. Le he hablado como acostumbro á hacerlo. Generalmente no se enfada usted.

El movió la cabeza y supo mostrar unos ojos llenos de lágrimas. Rosa le tendió la mano diciéndole:

—No quiero que se apesadumbre usted. Sería absurdo. Usted me pide que deje de ser mujer honrada y yo no quiero. Sería una querida detestable y soy una amiga excelentísima. Conténtese con mi amistad, que se la otorgo sincera y sin ninguna reserva.

El Marqués tomó la mano que se le ofrecía, se la llevó á los labios con arranque apasionado, y levantándose y saludando á la joven salió sin decir una palabra. En el antepalco se encontró con Folentin, que volvía muy alegre.

—¡Cómo, Marqués! ¿Se va usted cuando yo vuelvo?

—Querido, la Baronesa es demasiado dura para mí y prefiero irme.

—Amigo—dijo Folentin—; ¿á quién se lo dice usted? Estoy bien enterado.

Y sonriente, radiante, cerró la puerta del palco.

IV

La serenidad que la baronesa de Rocher había demostrado á Condottier no la predispuso á la indulgencia para Raynaud. Le demostró una indiferencia despreciativa, y como él pareciese no advertirla, llegó á ser agresiva y á dirigirle frases duras. Tampoco pareció darse por enterado, y la irritación de la joven llegó al mayor extremo, viéndole casi contento de que le tratase mal. Esta actitud, de la que no comprendía las altas y delicadas razones, llenó de turbación el espíritu de Rosa. ¿No se habría equivocado respecto á los sentimientos de Valentín, y el amor que ella creía que abrasaba su alma no habría sido más que una ilusión?

La pobre Rosa sentía gran descontento. Si no estaba enamorado, ¿qué debía pensar Raynaud del abandono que le había demostrado, y de sus confidencias algo más que amistosas? Llena de inquietud se preguntaba si era dueña de su pensamiento, y si en sus tonterías con Condottier, como en sus explicaciones con Raynaud, no desconocía el desorden de su espíritu. ¿Se habría roto el equilibrio de sus facultades, y estaría